

Nicolas Dickner

NIKOLSKI





Txalaparta agradece a la Société de Développement des Entreprises Culturelles du Québec (SODEC) la ayuda recibida para la traducción y edición de este libro.

EDICIÓN ORIGINAL
Éditions Alto. Québec, 2007.

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Junio de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Nicolas Dickner
© DE LA TRADUCCIÓN:
María Sierra Córdoba Serrano

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

ISBN
978-84-15313-17-5
DEPÓSITO LEGAL
NA. 940-2012

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

La variada fauna que ilustra este libro ha sido pescada en las páginas del 2º volumen del magnífico libro *Narrative of the Perry Expedition to Japan* (1858)

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa



A Mariana Leky
(N.D.)

A Antoñita, que partió rumbo a mares lejanos
A la pequeña Ana, un regalo que hace poco nos trajo el mar
A Francisco, navegante de aguas profundas
(M.S.C.S. Y M.C.M.)

MI NOMBRE NO TIENE IMPORTANCIA.

Todo comienza el mes de septiembre de 1989, aproximadamente a las siete de la mañana.

Todavía estoy durmiendo acurrucado en mi saco de dormir en el suelo vacío del salón. Me rodean montones de cajas de cartón, alfombras enrolladas, muebles desmontados a medias y cajas de herramientas. No queda nada en las paredes salvo las manchas blanquecinas de los marcos que llevan ahí colgados desde hace demasiado tiempo.

Por la ventana entra el ruido monótono de las olas rompiendo contra los guijarros.

Todas las playas tienen una firma acústica propia, que varía según la fuerza y la duración de las olas, el tipo de suelo, la morfología del paisaje, los vientos dominantes y la humedad del aire. Imposible confundir el murmullo quedo de Mallorca, el rodamiento sonoro de las piedras prehistóricas de Groenlandia, la música de las playas coralinas de Belice o el bramido hueco de las costas irlandesas.

Pero la resaca que oigo esta mañana es algo que se puede identificar con facilidad. Un rumor grave, un poco tosco, el sonido cristalino de las rocas volcánicas, el retroceso ligera-

mente asimétrico de la ola que golpea, el agua rica en nutrientes: se trata de la inimitable resaca de las islas Aleutianas.

Entreabro el ojo izquierdo refunfuñando. ¿De dónde viene este ruido extraño? El océano más cercano se encuentra a más de mil kilómetros de distancia. Además, yo nunca he puesto los pies en una playa.

Salgo como mejor puedo del saco de dormir y me tambaleo hasta llegar a la ventana. Agarrado a las cortinas, miro cómo el camión de la basura se detiene delante de nuestro bungalow con un chillido de aire comprimido. ¿Desde cuándo los motores diésel imitan la resaca?

Dudosa poesía de barrio.

Los dos basureros saltan del vehículo y contemplan, estupefactos, la montaña de bolsas apiladas en el asfalto. El primero, consternado, parece contarlas. De pronto, empiezo a preocuparme: ¿habré infringido la normativa municipal que limita el número de bolsas de basura por hogar? El segundo basurero, mucho más pragmático, se dispone a llenar el camión. Está claro que le importa bien poco la cantidad de bolsas, su contenido o la historia que las rodea.

Hay treinta bolsas exactamente.

Las compré en la tiendecilla de la esquina, un episodio que no olvidaré tan fácilmente.

Plantado en la sección de productos de limpieza, me preguntaba en cuántas bolsas de basura cabrían los innumbrables recuerdos que mi madre había acumulado desde 1966. ¿Cuánto podían ocupar treinta años de vida? Hacía este cálculo indecente a regañadientes. Fueran cuales fueran mis cálculos, tenía miedo de subestimar la existencia de mi madre.

Me había decantado por una marca que parecía lo suficientemente resistente. Cada paquete tenía diez revolucionarias bolsas de basura ultra resistentes con una capacidad de 60 litros.

Me llevé tres paquetes, los cuales sumaban un total de 1.800 litros.

Bastó con estas treinta bolsas –aunque a veces tuviera que insistir con la planta del pie–, y ahora los basureros se dedican a catapultarlas a la boca del camión. De vez en cuando, una mandíbula de acero aplasta los desechos emitiendo gruñidos de paquidermo. Nada que ver con el susurro poético de las olas.

Pero toda esta historia –que no puedo dejar de contar– empezó con el compás Nikolski.



Este viejo compás apareció de nuevo en agosto, dos semanas después del entierro.

La interminable agonía de mi madre me había dejado agotado. Desde el primer diagnóstico, mi vida se había transformado en una verdadera carrera de relevos. Día y noche, iba de casa al trabajo y del trabajo al hospital. No dormía, comía cada vez menos y había perdido casi cinco kilos. Se podría decir que era yo el que luchaba contra las metástasis, pero de algo no cabía duda: fue mi madre la que murió al cabo de siete meses, echándome el peso del mundo sobre las espaldas.

Me sentía vacío, descentrado, pero no iba a tirar la toalla, ni pensarlo. En cuanto me quité de encima el papeleo, emprendí mi última gran limpieza.

Parecía un sobrevivencialista¹, preparado para lo peor, refugiado en el sótano del bungalow con mis treinta bolsas de basura, una provisión importante de sándwiches de jamón de york, varios litros de zumo de naranja congelado y la radio a bajo volumen.

1.- Nota de la T. El *sobrevivencialismo* (del inglés *survivalism*) es el nombre que recibe el movimiento de individuos o grupos (a veces incluso de gobiernos) que se preparan activamente para emergencias que pudieran suponer una alteración importante del orden público. Por ejemplo, los sobrevivencialistas obtienen entrenamiento médico, almacenan agua y alimentos, se entrenan para la defensa propia o el autoabastecimiento, y/o construyen edificios que los ayudarán a sobrevivir. Este movimiento tiene su origen en los Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Me daba cinco semanas para reducir a la nada cinco décadas de existencia, cinco armarios de trastos aplastados por su propio peso.

Una limpieza tal puede parecer siniestra y revanchista. Pero traten de entenderme: me encontraba de repente solo ante el mundo, sin amigos ni familia, con la necesidad inminente de seguir viviendo. Tenía que soltar lastre.

Arremetí contra los armarios con la sangre fría de un arqueólogo que subdivide los recuerdos en categorías más o menos lógicas:

- una caja de puritos llena de conchas;
- cuatro montones de recortes de prensa acerca de los radares americanos en Alaska;
- una vieja cámara de fotos InstaMatic 104;
- más de 300 fotos tomadas con la susodicha InstaMatic 104;
- varias novelas de bolsillo con copiosas anotaciones;
- un puñado de bisutería barata;
- gafas rosas de sol a lo Janis Joplin.

Y otras cosas por el estilo.

Experimentaba un viaje turbador en el tiempo: cuanto más me adentraba en los armarios, menos reconocía a mi madre. Estos objetos polvorientos pertenecían a una lejana vida anterior, daban fe de una mujer que yo no había conocido antes. Su masa, su textura y su olor penetraban en mi mente y se convertían en parásitos entre mis propios recuerdos.

A partir de ese momento mi madre quedaba reducida a un montón de artefactos inconexos, que olían a bolas de naftalina.

Me disgustaba cómo se habían sucedido los hechos. Lo que debía haber sido una simple barridita se había convertido poco a poco en una prueba iniciática. Esperaba con impaciencia el momento de alcanzar el fondo de los armarios, pero su contenido parecía inagotable.

Fue entonces cuando encontré una gruesa pila de diarios íntimos, quince cuadernos de pasta blanda escritos en una prosa telegráfica. Recobré la esperanza. ¿Me ayudarían estos diarios a reunir las diferentes piezas del puzle?

Clasifiqué los cuadernos por orden cronológico. El primero comenzaba el 12 de junio de 1966.

Mi madre había partido rumbo a Vancouver a los diecinueve años porque pensaba que una ruptura familiar digna de su nombre se calculaba en kilómetros, y la suya merecía medirse en continentes.

Se fugó el 25 de junio, al amanecer, acompañada de un hippie llamado Dauphin. Los dos cómplices se repartían los gastos de gasolina, turnos al volante y caladas de porros liados tan finos como palillos de dientes. Cuando no conducía, mi madre escribía en un cuaderno de notas. Su letra, en un principio cuidada y hecha con esmero, empezó pronto a enroscarse y desenroscarse, a trazar olas y volutas de THC.

Al principio del segundo cuaderno, se despertaba sola en Water Street, sin apenas poder chapurrear inglés. Pertrechada con un bloc de notas, aprendió a comunicarse por medio de ideogramas, combinando los croquis y los gestos. Se encontró en un parque con un grupo de estudiantes de artes plásticas que estaban plegando origami en forma de mantas voladoras microscópicas con papel psicodélico. La invitaron a compartir su apartamento lleno de gente y de cojines, y una tercera parte de una cama ya ocupada por otras dos chicas. Todas las noches, en torno a las dos de la madrugada, se metían las tres bajo las sábanas y liaban cigarros mientras hablaban de budismo.

Mi madre juraba que no volvería a la Costa Este.

Mientras que las primeras semanas en Vancouver estaban contadas con gran lujo de detalles, el resto de su periplo se volvía cada vez más elíptico, ya que las exigencias del nomadis-

mo primaban claramente sobre las de la narración. Nunca se quedaba en ningún sitio más de cuatro días, sino que salía de manera precipitada para Victoria, Prince Rupert, San Francisco, Seattle, Juneau y otros mil lugares que no siempre se molestaba en identificar claramente. Se ganaba el jornal gracias a miserables argucias: regalaba poemas de Richard Brautigan a los transeúntes, vendía tarjetas postales a los turistas, hacía malabarismos, limpiaba cuartos de motel, robaba en supermercados.

Esta aventura duró cinco años. Más tarde, en junio de 1970, nos presentábamos en la estación central de Vancouver con dos petates enormes llenos a rebosar. Mi madre había comprado un billete de tren para Montreal y habíamos cruzado el continente en sentido contrario, ella acurrucada en su asiento, yo enroscado en las profundidades de su útero, coma imperceptible de una novela todavía por escribir.

A su vuelta, se reconcilió brevemente con mis abuelos, tregua estratégica cuyo objetivo era que le firmaran como garantías para poder comprar una casa. Poco después, compraría un bungalow en Saint-Isidore Junction, a dos pasos de Château-guay, lo que más tarde sería el cinturón periférico sur de Montreal, pero que, por aquel entonces, conservaba una apariencia campestre, con sus casas ancestrales, sus campos en barbecho y su portentosa población de puercoespines.

A partir de entonces, esclava de su hipoteca, se vio obligada a aceptar un trabajo en una agencia de viajes de Château-guay. Paradójicamente, este empleo puso fin a su juventud errante y, por consiguiente, a sus diarios íntimos.

El último diario se terminaba en una página sin fecha alrededor de 1971. Lo cerré y me quedé pensativo. De todas las omisiones que salpicaban la prosa de mi madre la más importante era Jonas Doucet.

Lo único que quedaba de este progenitor evanescente era una pila de tarjetas postales redactadas con una letra indescifrable, la última de las cuales se remontaba al verano de 1975. Yo había intentado más de una vez descifrar el secreto de estas tarjetas, pero no se podía entender nada de semejantes jergolíficos. Incluso los matasellos revelaban más información y se convertían en hitos de una trayectoria que partía del sur de Alaska, subía hasta el Yukón, volvía a bajar a Anchorage y se terminaba en las Aleutianas, y más exactamente en la base militar donde mi padre había encontrado trabajo.

Bajo ese montón de tarjetas postales había un paquete arrugado y una carta de la us Air Force.

La carta no decía nada que no supiera. Sin embargo, el paquete iluminaba algunas lagunas ocultas de mi memoria: hoy aplastado, este paquete había contenido en su momento una brújula que Jonas me había mandado para mi cumpleaños. La brújula me vino a la mente con una precisión espeluznante. ¿Cómo había podido olvidarla? Era la única prueba tangible de la existencia de mi padre y había sido la Estrella Polar que guiara mi infancia, el instrumento glorioso con el que había cruzado mil océanos imaginarios. ¿Bajo qué montón de basura estaba ahora enterrada?

Poseído por un frenesí repentino, rastree hasta el último rincón del bungalow, vaciando cajones y armarios, mirando detrás de los aparadores y debajo de las alfombras, arrastrándome hasta los recovecos más ocultos.

Localicé la brújula a las tres de la mañana, arrinconada entre un buzo de acuario y un camión de la basura de juguete color verde manzana, en el fondo de una caja de cartón que se encontraba en el espacio entre dos viguetas del entretecho.

El aspecto de este cachivache de cinco dólares, que seguramente lo había encontrado cerca de la caja registradora de una ferretería de Anchorage, no había mejorado con el tiempo. Por suerte, la cercanía prolongada a juguetes metálicos no

había desmagnetizado su aguja, que todavía señalaba ligeramente el norte (o lo que parecía serlo).

Bueno, no se trataba de una brújula propiamente dicha, sino de un compás marino en miniatura, compuesto de una esfera de plástico transparente llena de un líquido claro en el que flotaba una segunda esfera imantada y graduada. La inclusión de una esfera en otra, a modo de una minúscula muñeca rusa, garantizaba una estabilidad giroscópica a prueba de las peores tormentas: fuera cual fuera la fuerza de las olas, el compás no perdería el rumbo ni el horizonte.

Me quedé dormido en el entretecho, con la cabeza metida en un cúmulo de lana mineral de color rosa sugus y con el compás encima de la frente.

A primera vista, este viejo compás parece totalmente banal, como cualquier otro compás. Sin embargo, un examen más detallado nos permite constatar que no señala el norte.

Algunas personas dicen ser conscientes en todo momento de dónde está exactamente el norte. Yo soy como la mayoría: necesito un punto de referencia. Cuando me siento detrás del mostrador de la librería, por ejemplo, sé que el norte magnético se encuentra a 4.238 kilómetros en línea recta detrás de la estantería de los Bob Morane (lo que, en realidad, corresponde a la isla Ellef Ringnes, perla perdida en el archipiélago de la reina Isabel).

Pero en lugar de señalar en dirección a la estantería de los Bob Morane, mi brújula señala un metro cincuenta a la izquierda, en plena puerta de salida.

Cierto, a veces el campo magnético del planeta experimenta distorsiones locales y el norte no aparece del todo en su lugar. Las posibles causas de estas anomalías son diversas: un yacimiento de hierro en el sótano, la tubería del baño del vecino de arriba, los pecios de un transatlántico enterrado en el asfal-

to del bulevar Saint-Laurent. Por desgracia, ninguna de estas teorías tiene sentido, puesto que mi brújula señala a la derecha del norte, consulte donde la consulte. Esta constatación nos lleva a dos preguntas molestas:

—¿Qué causa esta anomalía magnética?

—¿Hacia dónde (demonios) señala este compás?

El sentido común parece indicar que mi imaginación constituye la anomalía principal del campo magnético y que mejor me pongo a limpiar que seguir soñando despierto. Pero las anomalías son como las obsesiones: cualquier resistencia resulta inútil.

Me acordaba vagamente de mis clases de geografía, de la declinación magnética, el trópico de Cáncer, la Estrella Polar. Era hora de poner en práctica el saber olvidado. Equipado con una pila de libros de geografía y una colección de mapas de diferentes escalas, estaba decidido a determinar hacia dónde exactamente señalaba mi compás.

Tras cálculos enrevesados llegué a una declinación de 34° al oeste del norte. Siguiendo esta dirección, uno cruzaba la isla de Montreal, Abitibi y Témiscamingue, luego Ontario, las Praderas, Colombia Británica, el archipiélago del Príncipe de Gales, el extremo sur de Alaska, un trozo del océano Pacífico norte y las islas Aleutianas, donde finalmente se llegaba a la isla Umnak, y más exactamente a Nikolski, un pueblo minúsculo de 36 personas, 5.000 ovejas y un número indeterminado de perros.

Podía, pues, deducir que el compás apuntaba a Nikolski, respuesta que me satisfacía lo suficiente, aunque tenía el problema de complicar el asunto en lugar de elucidarlo.

Todo no puede ser perfecto.

A veces un cliente me pregunta qué es ese grisgrís raro que llevo en el cuello. Y yo le respondo:

—Un compás Nikolski.

El cliente sonrío y cambia educadamente de tema. Me pregunta, por ejemplo, en qué estantería están los Bob Morane.

¿Acaso cabría señalar que no trabajo en un instituto de geografía o en una tienda de globos terráneos?

De hecho, S. W. Gam Inc. es un comercio que se dedica exclusivamente a la adquisición, promoción y reventa del libro de lance. Vamos, una librería de libros de segunda mano. Madame Dubeau, mi querida jefa, me contrató el otoño en el que cumplía catorce años. Me pagaba entonces 2,50 míseros dólares la hora, sueldo que yo aceptaba de buen grado porque podía reinar en medio de todos esos libros sin ninguna responsabilidad aparte de leerlos.

Trabajo aquí desde hace ya cuatro años, un período de tiempo que tiende a parecer más largo de lo que realmente es. Durante ese tiempo, dejé mis estudios, mi madre murió y los pocos amigos de infancia que tenía desaparecieron. Uno de ellos salió corriendo a Centroamérica al volante de un viejo Chrysler y no se le ha vuelto a ver. El segundo estudia biología marina en una universidad noruega. Sin noticias de él. Y los demás, simplemente han desaparecido, se los ha tragado el curso de la vida.

En cuanto a mí, aquí sigo sentado detrás de este mostrador de la librería, desde donde disfruto de vistas sin igual del bulevar Saint-Laurent.

Mi trabajo es más una vocación que una profesión normal. El silencio invita a la meditación, el salario está en la línea del voto de pobreza, y mis instrumentos de trabajo, en la del minimalismo monástico. Nada de caja registradora electrónica de último modelo, todos los precios se calculan a mano, buenas sumas garabateadas en el primer papel que uno pilla. Nada de inventario informatizado: yo mismo soy el ordenador y, cuando la situación lo requiere, tengo que acordarme del último sitio donde vi, por ejemplo, esa traducción de *Los vagabundos del Dharma* en esperanto. (Respuesta: detrás de las tuberías del lavabo del baño).

El trabajo no es tan sencillo como parece: la librería S.W. Gam es uno de esos rincones del cosmos en el que los humanos han perdido desde hace tiempo el control de la materia. Todas las estanterías soportan el peso de tres capas de libros y el suelo desaparece bajo decenas de cajas de cartón entre las que serpentean estrechos senderos habilitados para que puedan circular los clientes. Se aprovecha hasta el más mínimo resquicio: bajo la cafetera de filtro, entre los muebles y las paredes, dentro del tanque de agua de la cisterna, debajo de la escalera y en la exigüidad polvorienta del ático. Nuestro sistema de clasificación está salpicado de microclimas, fronteras invisibles, estratos, vertederos, infiernos desordenados, vastas llanuras sin puntos de referencia visibles. Es como una cartografía compleja que depende completamente de la memoria visual, una facultad sin la que no se dura mucho en esta profesión.

Pero trabajar aquí exige algo más que buenos ojos y un poco de memoria. Hace falta desarrollar una percepción *peculiar* del tiempo. El hecho es —¿cómo decirlo?— que diversos avatares de nuestra librería coexisten simultáneamente en una multitud de épocas diferentes, separadas por elipses muy pequeñas.

Esta imagen merece una explicación.

Cada libro que llega aquí puede encontrarse con su lector en cualquier momento de la historia de la tienda, tanto en el futuro como en el pasado. Cuando madame Dubeau clasifica una nueva remesa de libros, consulta sin cesar su *Encyclopédie Lavoisier*, unos treinta cuadernos donde tiene el registro de los pedidos especiales de los clientes desde febrero de 1971, para ver si, por casualidad, diez años antes, alguien hubiera pedido alguno de los libros recién llegados.

De vez en cuando, coge el teléfono con una sonrisa victoriosa.

—¿Monsieur Tremblay? Le habla Andrée Dubeau, de la librería S. W. Gam. Buenas noticias: ¡hemos recibido *Historia de la caza de ballenas en Fairbanks en el siglo XVIII!*

Al otro lado del teléfono, monsieur Tremblay reprime un escalofrío. Hele aquí transportado de nuevo bruscamente a los icebergs impolutos que se le aparecían en sus sueños en la canícula de 1987.

—Voy enseguida —farfulla febrilmente como si le estuvieran recordando una cita importante.

Madame Dubeau tacha el pedido y cierra la *Encyclopédie Lavoisier*. Misión cumplida.

Yo no puedo hojear estos cuadernos gruesos sin estremecerme. Ninguna otra obra ilustra mejor el transcurso del tiempo: varios clientes que figuran en estas páginas se murieron hace años, a algunos ya no les interesan los libros, otros se han mudado a Asia sin dejar ninguna dirección, y los hay también que nunca encontrarán la obra que tanto codiciaban.

Me pregunto a veces si no existe en algún lugar del mundo una *Encyclopédie Lavoisier* de nuestros deseos, repertorio exhaustivo del menor sueño, la menor aspiración, donde nada se pierde ni se crea, sino donde la incesante transformación de todo se desarrolla como un vaivén, como un ascensor que une las diferentes etapas de nuestra existencia.

Nuestra librería es, en definitiva, un mundo completamente compuesto y gobernado por libros, así que me parecía muy natural disolverme en ellos completamente, consagrar mi destino a los miles de destinos debidamente apilados en cientos de estanterías.

Se me acusa a veces de no tener ninguna ambición. ¿Quizás padezco de algún tipo de anomalía magnética?



Y así llegamos casi al final del prólogo. Me ha llevado dos semanas llenar las bolsas de basura que los basureros han tirado a su camión esta mañana. Mil ochocientos litros de plástico ultra resistente, treinta años de vida. Solo me he quedado con lo estrictamente necesario: algunas cajas de recuerdos, muebles,

mis efectos personales. El bungalow está a la venta, dos compradores parecen interesados. Calculo que la negociación concluirá de aquí a una semana.

Y yo ya estaré en otro lado, en mi nuevo apartamento de la Petite Italie, justo delante de la estatua del viejo Dante Alighieri.

Los basureros han terminado su trabajo y se limpian el sudor de la frente, sin saber toda la historia en la que acaban de tomar parte. Observo cómo el camión de la basura mastica las bolsas como si nada, cómo se traga lo que queda de mi madre.

Final de una etapa: me encuentro en territorio virgen, sin punto de referencia. Miro nerviosamente a mi alrededor. El compás Nikolski está en el suelo, cerca del saco de dormir, siempre apuntando 34° al oeste del norte. Me cuelgo el cordón rojo cereza al cuello.

El camión de la basura se aleja. Tras sus pasos, llega el camión de la mudanza.

NOAH SE DESPIERTA SOBRESALTADO.

En la caravana reina el silencio. Solo puede oír el ruido de un coche que se aleja en la carretera. En la parte de debajo de la litera, acurrucada en su saco de dormir, Sarah respira despacio. Noah se da la vuelta sobre el otro costado esperando volverse a dormir, pero no logra encontrar una postura cómoda. Cuando tenía cinco años le parecía inmensa esta litera y ahora, sin embargo, no hay ni una sola noche que no acabe con un chichón o con un arañazo en el codo.

Se debate algunos minutos con la esperanza de encontrar una postura cómoda, y esta lucha silenciosa acaba despertándolo. Suspira y decide levantarse. Baja por la escalera sin hacer ruido, se pone una camiseta y unos vaqueros.

Dos indios chipeweyans están sentados en la mesa de la cocina. Tienen largas trenzas blancas y las manos arrugadas. Noah no sabe cómo se llaman. El primero es su tatarabuelo. En cuanto al segundo, ni la más mínima idea. No se sabe casi nada de ellos, excepto que vivieron y murieron en el norte de Manitoba a finales del siglo XIX.

Noah los saluda sin hacer ruido y se va.

La caravana ha echado el ancla en medio de cuarenta millones de hectáreas de centeno cubiertas por una bruma muy fina

en la que despuntan de vez en cuando algunos postes eléctricos. El sol sigue bajo el horizonte y el aire huele a heno mojado. A ratos se oye el rugido lejano de un tractor.

Noah avanza con los pies descalzos hasta el borde del campo. En el fondo de la acequia, fluye un hilo de agua. El perfume agrio del diazinón se mezcla con el olor de la arcilla, perfumes familiares.

Justo cuando empieza a desabrocharse los pantalones, oye cómo se acerca una camioneta por la carretera. Pero a la altura de las caderas, interrumpe la operación. Aparece un viejo Ford rojo, pasa a toda pastilla y se aleja hacia el oeste. Cuando está lo suficientemente lejos, Noah envía un largo y brillante chorro de orina a la acequia.

Al volver a la caravana, reflexiona sobre este extraño pudor. No puede sacarse de la cabeza la desagradable impresión de que este vehículo estaba invadiendo su espacio íntimo, como si la carretera 627 pasara por medio de su cuarto de baño.

Pensándolo bien, esta imagen no dista mucho de la realidad.



Durante años, cuando le preguntan dónde había crecido, Noah daba respuestas vagas –Saskatchewan, Manitoba, incluso Alberta– y cambiaba rápidamente de tema antes de que siguieran hurgando más sobre este oscuro tabú.

Eran contadas las personas a las que Noah revelaba la verdadera (e inverosímil) historia de su madre, Sarah Riel.

La historia se remontaba al verano de 1968, cuando dejó su reserva natal, cerca de Portage La Prairie. Tenía dieciséis años y se disponía a casarse con un tal Bill, oriundo de Leduc, en Alberta. La epidermis de Bill desaparecía la mayoría de las veces bajo una pátina de petróleo crudo, pero el camuflaje no engañaba a nadie: el tipo era blanco, incluso un poco rosado en torno a las articulaciones, y Sarah, al casarse con él, perdía

definitivamente su estatus jurídico de indígena y el derecho a vivir en una reserva.

Esta sutileza administrativa adquirió capital importancia diez años después de la boda, cuando Sarah se fugó del domicilio conyugal con un ojo morado, una bolsa de basura llena a toda prisa de ropa y la firme intención de no volver jamás. «Tomó prestados» el coche y la caravana de Bill y empezó a errar entre las Rocosas y Ontario, a merced de los trabajos que ofrecían las distintas temporadas.

Cuando el Ministerio de Asuntos Indígenas enmendó la ley relativa a los indígenas diecisiete años más tarde, Sarah podría haber reclamado su estatus jurídico de indígena. Sin embargo, nunca llegaría a hacer las gestiones necesarias: estaba tan acostumbrada a estar en la carretera que no podía ni siquiera contemplar la posibilidad de volver a encerrarse en una reserva.

De todas maneras –le gustaba recordar–, ella no iba a dejar que un puñado de funcionarios decidiera si era o no amerindia. Es cierto que su árbol genealógico contaba con algunas ramificaciones francófonas, pero más allá de tres generaciones, ya solo se veían viejos nómadas indígenas que habían pasado a ser sedentarios a fuerza de tratados, y después se habían quedado estancados en innumerables reservas de nombres exóticos: Sakimay, Peepeekisis, Okanese, Poor Man, Star Blanket, Little Black Bear, Standing Buffalo, Muscowpetung, Day Star o Assiniboine.

Media docena de estos antepasados estaban todavía presentes en la caravana, sentados eternamente en la mesa de la cocina de arborite² estrellado. Cual fantasmas tranquilos y mudos, veían desfilar el paisaje preguntándose dónde diablos habían ido a parar esos búfalos.

En cuanto al padre de Noah, era oriundo de las lejanas costas del Atlántico. Provenía de una familia acadiana de los alrededores de Beaubassin, obstinados colonos que los británicos habían de-

2.- Nota de la T. Se trata de una marca quebequesa de un material parecido a la formica.

portado por todas las colonias americanas: Massachusetts, Carolina, Georgia, Maryland, Nueva York, Pensilvania, Virginia.

A Noah le gustaba el contraste entre los dos componentes de su genealogía, la paradoja de descender a la vez de las reservas y de la deportación. No obstante, su entusiasmo se basaba en un error histórico, ya que, en realidad, a sus ancestros no los habían deportado. Como muchos acadianos, se habían marchado poco antes del *Gran Dérangement*³ en busca de refugio en Tête-à-la-Baleine, pueblo remoto del golfo de San Lorenzo adonde no llegaba ninguna carretera.

En este rincón aislado del mundo nacería dos siglos más tarde el padre de Noah, Jonas Doucet.

Era el séptimo retoño de una familia numerosa: ocho hermanos, siete hermanas, cinco primos, dos tíos, una tía y un par de abuelos: en total, tres generaciones de Doucet apretujados en una cabaña minúscula. Lo habían bautizado Jonas, tuvo suerte porque el repertorio bíblico podría haber inspirado nombres con una musicalidad menos afortunada como Elías, Acab e Ismael.

Uno se hacía mayor muy pronto en ese rincón perdido del continente, de manera que, a los catorce años, Jonas rondaba por el puerto de Montreal, a unas ochocientas mil millas marinas río arriba de su pueblo natal. Subió a bordo de un carguero de trigo que zarpaba para Cuba, una travesía de ida y vuelta que debía de durar menos de tres semanas. Pero Jonas cambió de carguero en el puerto de La Habana y se subió a un barco que salía para Trinidad. Un tercer carguero lo llevó a Chipre, cruzó el Canal de Suez rumbo a Borneo y de Borneo se fue para Australia.

De escala en escala, Jonas dio la vuelta al mundo una decena de veces. A medida que veía desfilar los puertos, ascendía

3.- Nota de la T. En 1755, los acadianos fueron obligados a rendir juramento de obediencia incondicional al rey de Inglaterra. Puesto que la mayoría se negó, sus propiedades fueron confiscadas por la Corona Británica y 12.600 de ellos fueron deportados en barcos insalubres a Francia, Inglaterra y Norteamérica. El término *Gran Expulsión*, como a veces se le denomina en español al *Grand Dérangement*, hace referencia a esta deportación masiva de los acadianos en manos de los británicos.

de rango: pasaba de la cocina a los motores, de los motores a la radio de control. Tras varios años de ayudante, se sacó el certificado y se hizo operador de radio con todas las de la ley.

A Jonas le gustaba esta extraña profesión, a medio camino entre la electrónica y el chamanismo, en la que el operador discutía con la alta atmósfera por medio de un lenguaje rítmico, bastante oscuro para los profanos. Hacer de chamán conllevaba, sin embargo, ciertos peligros: los viejos operadores de radio, aquellos que llevaban en su puesto demasiado tiempo, padecían a menudo de una atrofia irreversible en las cuerdas vocales. Se les veía pudrirse en los baretos de puerto, parecían *griots*⁴ hastiados, incapaces de comunicarse, excepto aporreado salvas de código morse en sus jarras de cerveza.

Desmotivado ante esta perspectiva de futuro, Jonas decidió volver a tierra firme.

Desembarcó en el puerto de Montreal diez años después de su partida, mirando con nerviosismo a su alrededor. Durante su ausencia, Quebec había sido sacudido por un acontecimiento tras otro: la muerte de Maurice Duplessis⁵, la Crisis de Octubre⁶, la modernización de Montreal, la Exposición Universal de 1967 y la revolución sexual. Lo que estaba viendo no tenía nada que ver con la vida de marino o la efervescencia industrial de los puertos de las ciudades, y sobre todo, nada

4.- Nota de la T. Un *griot* es un narrador de historias de África Occidental.

5.- Nota de la T. Fue primer ministro de Quebec entre 1936 y 1939 y, posteriormente, de 1944 a 1959. Es considerado por muchos historiadores como el gobernante más autoritario y conservador de la historia quebequés. Durante su mandato, sumió la provincia francófona en una época oscura que se conoce como «*la grande noirceur*».

6.- Nota de la T. En 1963, el Frente de Liberación de Quebec (*Front de Libération du Québec*) empezó a cometer acciones de carácter violento, incluida la colocación de bombas que acabaron con la vida de varias personas. Estos acontecimientos culminaron en dos secuestros en octubre de 1970 que llevaron al Gobierno federal, a petición del *premier* de Quebec de aquel entonces, a concluir una breve declaración de la Ley Marcial, por medio de la cual se aplicaron medidas recogidas en la Ley de Medidas de Guerra. Estos acontecimientos se conocen con el nombre de Crisis de Octubre.

que ver con el Quebec que recordaba, el cual se resumía a catorce años de calamidades en un pueblo microscópico de la Basse-Côte-Nord.

Desde que puso los pies en tierra firme, a Jonas le sobrevino un mal extraño: ya no podía desplazarse más sobre una superficie inmóvil. Los viejos lobos de mar conocían bien esta alteración del equilibrio ocasionada por una exposición demasiado prolongada al movimiento del mar. No existía ningún remedio para este mareo en tierra firme. Únicamente había que esperar varios días hasta que el oído interno se ajustara solo a esta situación. Pero Jonas empezaba a preocuparse: transcurrían los días y su línea del horizonte no dejaba de moverse. Cuando estaba sentado, los vértigos lo sacaban de la silla. Y de pie, las náuseas lo hacían vomitar por los antepechos. Acostado, daba vueltas en la cama como una boya de canal y se despertaba enrollado en las sábanas.

Después de dos semanas nauseabundas, decidió administrarse un remedio radical que lo salvaría o acabaría del todo con él: cruzaría el continente solo.

La hazaña podría parecer irrisoria, pero no olvidemos que para Jonas la línea más corta entre Montreal y Vancouver pasaba por el Canal de Panamá. Se colgó, pues, su petate al hombro y, blancuzco y tembloroso, salió a hacer dedo a la cuneta de la autovía 40.

Una semana más tarde, Jonas se encontraba solo en la cuneta de una carretera secundaria de Manitoba, empapado en sudor, tumbado en la grava, con la vana esperanza de que se le calmara el estómago. Había vomitado diez veces el contenido de su estómago y, entre dos ataques de vómitos, se fustigaba por no haber vuelto al mar. Solo de pensar que en ese momento podría estar navegando en el norte del océano Índico, suavemente zarandeado por una tormenta del monzón, con el índice en el manipulador telegráfico...

Arriba, en el cielo, una bandada de buitres curiosos se acercaba sobre él. Jonas cerró los ojos, listo para morir de sed y de

vértigo. Cuando volvió a abrirlos cinco minutos más tarde, Sarah le tendía una cantimplora de agua templada.

El suave balanceo de *Granpa* le devolvió la vida a Jonas.

Granpa era un monovolumen Bonneville 1966 beis más ancho que largo, con el chasis moteado de óxido y una radio que se negaba a pillar otra cosa que no fueran emisoras AM de *country music*. El motor asfixiado de este paquebote, prematuramente utilizado a lo largo de decenas de kilómetros para arrastrar la caravana, no podía pasar de los quince nudos salvo con viento en popa. Aunque este coche de tierra firme solo había visto llanuras y más llanuras, sabía simular el movimiento del océano a la perfección. ¿Acaso habían fabricado sus amortiguadores cerca del Atlántico? ¿Acaso habían sacado sus neumáticos desgastados de los flancos de un remolcador?

Fuera lo que fuera, este balanceo artificial salvó a Jonas. Su respiración volvió a calmarse, las náuseas se atenuaron y el vértigo desapareció, aunque al cabo de algunas horas, el moribundo, salvado *in extremis* de la insolación, se había metamorfoseado en Corto Maltese.

Cuando cayó la noche, Sarah invitó a Jonas a la caravana plateada. Cabe decir que ella andaba de un lugar para otro desde hacía casi dos años y la soledad le era a veces insufrible. Jonas quería irse a la otra costa. Sin problema. La travesía podía canjearse por un poco de compañía.

Esta pareja no estaba destinada a durar más de 1.500 kilómetros. No hacía falta más.

A finales de agosto, llegaron al extrarradio este de Fort McLeod (Alberta), punto de bifurcación de la autovía: la 2 llevaba al norte, en dirección a Calgary. La 3 subía hasta difuminarse en un punto azulado en las Rocosas. Sarah aparcó a *Granpa* en el arcén y resumió la situación.

—El Pacífico está todo recto, por allí.

Jonas se colgó el petate al hombro, respiró hondo, saltó las Rocosas, cambió de vertiente, bajó hasta Vancouver y se metió

de cabeza en las lluvias torrenciales que envolvían el océano Pacífico.

Noah entraba en escena nueve meses más tarde.

Según cuentan, parece que había dado su primer respiro en Manitoba, en algún lugar entre Boissevain y Whitewater, cerca de las vías de trenes, en un lugar en el que, según los mapas de carreteras, parecía situarse el centro geográfico exacto de Canadá. En realidad, no se trataba del centro exacto de nada: al este se extendía un extenso bosque de abetos; al norte, las turberas negruzcas; al sur, los montes Turtle y Dakota; y, al oeste, una llanura que parecía acabar en China.

Una cosa era segura: el océano más cercano se encontraba a 2.000 kilómetros de distancia.

Por muy increíble que pueda parecer, Noah había aprendido a leer gracias a los mapas de carreteras.

Sarah lo había nombrado navegante en jefe, tarea que consistía en vigilar los cuatro puntos cardinales, el norte magnético y, de manera secundaria, el contenido de la guantera. Pasaba, pues, sus viajes por las llanuras explorando este espacio exiguo que olía a polvo y a plástico recalentado. Además de la calderilla, las multas sin pagar y las migajas de galletas, uno podía encontrar una decena de mapas de carreteras que representaban Ontario, las Praderas, el Yukón, Dakota del Norte, Montana, la Costa Oeste y Alaska.

La guantera de *Granpa* contenía todo un universo conocido, cuidadosamente plegado y replegado en sí mismo.

El transcurso del tiempo había dejado estos mapas casi transparentes, llenos de resquicios de luz en las esquinas. A fuerza de descifrar este paisaje de papel, Noah había aprendido el alfabeto, después las palabras, las frases, los párrafos. *Road Information*, *Federal Picnicgrounds* y *Weather Broadcast* fueron las primeras palabras que aprendió a leer. Sarah añá-

dió pronto a la lista algunas palabras de las reservas indias, como Opaskwayak, Peguis o Keeseekoowenin, siempre señalándole cuál de sus tíos bisabuelos y primos segundos vivía allí. Curiosamente, Sarah nunca propuso visitar a aquellos parientes invisibles. Y Noah no quería insistir. Su árbol genealógico era como todo lo demás: algo fugaz, algo que se desvanecía con el fluir del paisaje.

Un día, los mapas dejaron de satisfacer la curiosidad de Noah y entonces dirigió su atención a la única obra de la biblioteca de la familia: un libro deforme olvidado por Jonas cuando se marchó precipitadamente.

Nadie podía imaginarse la trayectoria de este libro. Después de varias décadas en las estanterías de la biblioteca de la Universidad de Liverpool, lo había robado un estudiante, había circulado de mano en mano, se había salvado de dos incendios y, posteriormente, abandonado a su suerte, había vuelto a su estado salvaje. Había recorrido miles de kilómetros en varias mochilas, había viajado en el fondo de la cala en cajas húmedas, lo habían tirado por la borda, para después acabar en el estómago ácido de una ballena antes de que lo pescara un buzo analfabeto. Finalmente, Jonas Doucet lo había ganado en una partida de póquer en un bareto de Tel Aviv durante una noche de juerga.

Las páginas se le desmenuzaban a uno entre los dedos, manchadas de una infinidad de puntitos rojizos, y si uno se acercaba, podía oler una flora paciente dispuesta a colonizar lo más profundo del papel. No era el único libro de Noah, sino un libro único, con múltiples signos distintivos. En medio de la página 58, por ejemplo, se extendía una gran mancha pardusca de sangre. Entre las páginas 42 y 43, podíamos ver un mosquito fosilizado, minúsculo pasajero clandestino aplastado por sorpresa. Y en el margen de la página 23, habían garabateado una palabra misteriosa: «Rokovoko».

Lo llamábamos el Libro sin rostro porque le habían arrancado la cubierta en la noche de los tiempos. Era una especie

de antología de historias de marinos en cuya primera página habían reproducido un mapa del Caribe que no dejaba de fascinar a Noah. ¿Cómo podía coexistir una masa de agua tal y una cantidad tan pequeña de tierra? El mapa de Saskatchewan se parecía a un negativo del Caribe: por cada isla, un lago, y océanos de gramíneas a modo de mar.

Las Praderas⁷ fueron sustituidas por los naufragios, las sordidas historias de piratas y la promesa de oro amarillo escondido bajo cocoteros lejanos. El libro estaba redactado en inglés y en francés, salpicado de extrañas palabras de marino y de giros anticuados. Noah no se dejaba impresionar: si había podido aprender palabras como Wa-Pii y Moos-Toosis, nada le impedía dar bordadas entre las palas del timón del sobrejuanete, las escotillas de la gavia y otros aparejos de bolina.

Tardó casi un año en acabar de leer el Libro sin rostro, y esta heroica lectura le dejó una huella indeleble: nunca más sabría distinguir un libro de un mapa de carreteras, un mapa de carreteras de su árbol genealógico (y su árbol genealógico del líquido de transmisión).

Sarah y Jonas Doucet habían intercambiado cartas durante algunos años. Esta correspondencia constituía una patada a la lógica más elemental, puesto que Jonas, por su parte, tampoco se había asentado en ningún lugar. Tras haber vivido varios meses en Vancouver, se había ido al norte y continuaba paseándose de pueblo en pueblo y de trabajo en trabajo, remontando la Costa Este en dirección a Alaska, sin nunca alejarse demasiado del mar. Mientras tanto, Sarah y Noah cruzaban Saskatchewan en zigzag, se paraban a trabajar en Moose Jaw y volvían a hibernar a las afueras de Winnipeg.

7.- Nota de la T. Topónimo canadiense que incluye las provincias de Manitoba, Saskatchewan y Alberta.

La suma de estas dos errancias convertía cualquier intercambio de correo en algo muy improbable, y Sarah tuvo que crear un sistema postal peculiar.

Cuando tenía que mandar una carta por correo, Sarah abría los mapas de carreteras del oeste de Norteamérica en el capot de *Granpa* e intentaba adivinar dónde se encontraría Jonas. Por ejemplo, si él acababa de pasar unas semanas en Whitehorse, ella pensaba que lo podría localizar en Carmacks. Después cambiaba de opinión: Carmacks estaba demasiado lejos del mar. En lugar de esto, puede que Jonas hubiese seguido por la autovía 1 en dirección a Anchorage y probablemente se encontrara a medio camino. Entonces mandaba la carta a la Lista de Correos de Slana y como dirección de devolución indicaba Lista de Correos de Assiniboia, por donde ella pensaba pasar las semanas siguientes.

Con suerte, Jonas recibiría su carta y enviaría una tarjeta postal a Assiniboia; si no, el sobre se perdería en la nada y Sarah indicaría un intento fallido en el mapa de carreteras.

El sentido común hacía pensar que, en teoría, ni una sola misiva enviada según este sistema fantasioso llegaría jamás a su meta. No obstante, por una cosa o por otra, llegaron a intercambiar una carta al mes. Esta forma absurda de correspondencia duró hasta la llegada de una misteriosa carta postal.

Trece años más tarde, Noah se acordaría todavía en detalle de ese día.

Se habían detenido en Mair, un pueblucho minúsculo pegado al aparcamiento de un concesionario de cosechadoras de cereales. En el centro del pueblo, las tres instituciones habituales formaban un triángulo equilátero: el edificio de la cooperativa agrícola (*Founded in 1953*), la oficina de correos (SOC oR1) y el restaurante de Brenda (*Today: fish n' chips, dessert, beverage, \$3.95*).

Después de haber mirado con desconfianza el menú del restaurante, Noah y Sarah cruzaron la carretera en dirección a la Oficina de Correos.

Visitaban cientos de oficinas de correos al año, breves escalas de las que Noah no se cansaba. Le gustaba el acero reluciente de los apartados de correos, los mostradores usados, los carteles descoloridos que ensalzaban las alegrías sutiles de la filatelia y, sobre todo, ese perfume característico en el que predominaban el papel pulverizado, el tampón de tinta y la fragancia de las gomas elásticas.

Mientras se impregnaba de la atmósfera de la oficina de correos, Sarah le preguntó al empleado si había recibido una carta para ellos. El viejo hombre cogió la caja donde tenía las cartas enviadas a la Lista de Correos de Mair (seguramente una de las direcciones menos utilizadas del planeta) y se llevó una gran sorpresa al encontrar una tarjeta postal. La examinó con detenimiento antes de darle la vuelta para ver a quién estaba dirigida.

—*Sarah and Noah Riel, right? Got an ID?*

Mientras Sarah buscaba en los bolsillos su antigua tarjeta de la seguridad social (nunca había tenido carnet de conducir), Noah examinaba con indiferencia la tarjeta postal. Agarrado al borde del mostrador, le daba patadas y observaba con una animosidad muda la desgana de ese dependiente con corbata de color vino tinto y bigote marrón nicotina. En cuanto Sarah mostró su documento, Noah le quitó de las manos la tarjeta postal al hombre y salió corriendo como una bala hacia la salida.

Sarah se unió a él en la escalera de la oficina de correos donde, sentado en el polvo, Noah contemplaba su milagro de treinta y cinco centavos. En el recto figuraba la foto de una ballena jorobada en pleno vuelo, con sus inmensas aletas desplegadas, un pájaro de treinta toneladas intentando inútilmente liberarse de su cuerpo. En la esquina de la foto, el grafista había añadido *I Love Alaska* en cursiva y en rojo cereza. En el verso, Jonas había escrito tres frases tortuosas que Noah intentaba descifrar sin éxito, sobre todo porque en esta época lo único que todavía sabía leer era aquello que estaba impreso en un mapa de carreteras. Se conformaba con el sello, que representaba una concha cortada por el matasellos de la oficina de correos.

Le echó una mirada inquisidora a Sarah.

—¿Nikolski?

Se apresuraron a abrir el mapa de Alaska en el capot de *Granpa* que estaba ardiendo.

El dedo de Noah se desplazó a lo largo del índice, encontró los datos de Nikolski (cuadrante E5), trazó una línea en diagonal en el mapa y se detuvo en la isla Umnak, trozo perdido de tierra en la interminable columna vertebral de las Aleutianas, lejos del mar de Bering.

Rodeó con un círculo en boli azul el minúsculo pueblo de Nikolski, en la punta oeste de la isla, después retrocedió un paso para mirar bien el mapa en su conjunto.

La carretera más cercana se terminaba en Homer, 800 millas marinas al este.

—¡¿Pero qué demonios hace Jonas allí?! —exclamó Noah levantando los brazos al cielo.

Sarah se encogió de hombros. Doblaron el mapa y retomaron su rumbo sin añadir nada más.

Después de Nikolski, dejaron de recibir las tarjetas postales de Jonas. Sarah seguía escribiéndole como si nada, creyendo que solo se trataba de un revés temporal de la fortuna, pero pasaban los meses, desfilaban las oficinas de correos, y el silencio de radio se prolongaba.

Varias teorías podían explicar el silencio de Jonas, la más sensata era que el frágil milagro de su correspondencia había tocado su fin, que cada carta intercambiada durante esos años había sido en realidad una excepción intolerable a las leyes inmutables del azar, las cuales simplemente habían acabado por volver a imponerse.

Pero Noah tenía el carácter obstinado de un pequeño nómada de seis años y no quería escuchar nada de nada sobre leyes inmutables. Con los ojos clavados en el horizonte, le daba vuel-

tas a kilómetros de oscuras ideas e intentaba imaginar lo que Jonas estaría maquinando en Nikolski. Probablemente se habría encaprichado con una isleña aleutiana y estaría rehaciendo su vida sin acordarse de sus intentos anteriores. Noah se imaginaba una tropa de hermanastros y hermanastras con los ojos rasgados, pequeños sedentarios mugrientos que habrían monopolizado la atención de su padre.

Muchas veces le proponía a Sarah que fueran a hacerle una visita sorpresa a Jonas: era cuestión de cogerlo *in fraganti*. En lugar de volver a Medicine Hat, ¿por qué no seguir por la carretera de Alaska hasta Anchorage, y después de Anchorage coger un ferry para Nikolski?

Sarah le decía que no con un gesto evasivo. Cuando se veía obligada a dar una explicación, fingía que Jonas ya se había ido de Nikolski. A veces hasta llegaba a precisar que había vuelto al mar en dirección a Vladivostok o que había volado a Fairbanks. Pero la mayor parte del tiempo no decía esta boca es mía y subía el volumen de la radio fingiendo no haber oído nada.

Noah, que era muy perspicaz, sospechaba que se trataba de un caso de miedo extremo, una incapacidad crónica de acercarse al océano. Un hábil interrogatorio le permitió confirmar el diagnóstico.

¿Había estado ya en Vancouver?

Se mostraba indiferente.

¿Había salido alguna vez del interior del país?

No veía por qué hacerlo.

¿No le apetecía ver lo que había más allá de las Rocosas?

A esta última pregunta, Sarah respondió un poco tontamente que ir y verlo con sus propios ojos era una estupidez, puesto que tenían mapas de carreteras que les permitían elucidar esta cuestión, cuestión que, además, carecía de interés. Noah, que desde hacía tiempo había agotado los recursos de la guantera, decidió abordar la cuestión sin tapujos:

—¿Nunca te ha llamado la atención ver el océano Pacífico?

Sarah se contentó con decir que no: nunca le había llamado la atención oler los excrementos de gaviotas ni el varec pudriéndose. Esta respuesta, astuta mezcla de desprecio y de indiferencia, ocultaba mal su ataque de pánico.

Noah sacudió la cabeza. En su pequeño atlas interior, puso una cruz en Nikolski.

El tiempo corría al ritmo oceánico de *Granpa*. Nada parecía haber cambiado, excepto cómo estaba repartido el óxido en los flancos de la Bonneville 1966. Sarah pilotaba, Noah crecía, y su caravana parecía sacudida por una maldición cíclica. En julio, se la podía ver cerca del Lago de los Bosques en la frontera de Ontario, la Nochebuena, en el sur de Alberta, en el aparcamiento abandonado de los grandes almacenes People's; en marzo, uno se la podía cruzar en el extremo norte del Lago Winnipegosis, atascada en una parada de relevo de camioneros a causa de una tormenta de nieve; en mayo, surcaba el sur de Saskatchewan, y en julio, la encontrábamos de nuevo en el Lago de los Bosques, de vuelta a su punto de partida con la puntualidad migratoria de un cachalote.

Noah no se había hecho amigo de nadie, decisión desagradable, pero necesaria. Cuando la caravana pasaba cerca del patio de un colegio, contemplaba a la multitud de amigos potenciales. Al otro lado de la valla, había cientos de ellos jugando al baloncesto, quejándose de los profesores, haciendo corros para darle una calada a un cigarro. Algunos lanzaban miradas colmadas de codicia hacia la carretera. La vieja caravana plateada ejercía sobre ellos un extraño magnetismo, parecían una horda de mongoles cruzando a galope las afueras de una gran ciudad. Intentando colar los dedos por la valla de alambre, los cautivos envidiaban a los nómadas.

Noah consideró la posibilidad de tirarse por la ventana.

Él no compartía el Gran Mito Norteamericano de la Carretera. Desde su punto de vista, la carretera no era sino un estrecho espacio que no llevaba a ningún lado, rodeado a babor y a estribor por el mundo real, lugar fascinante, inaccesible e inimaginable. Sobre todo, la carretera no tenía nada que ver con la Aventura, la Libertad o la Ausencia de Deberes de Álgebra.

Sarah le compraba todos los otoños los libros de texto apropiados, y él se encerraba en la caravana para estudiar con celo, convencido de que el álgebra y la gramática eran su única esperanza para integrarse algún día en el mundo real.

Habían transcurrido trece años desde la última tarjeta postal de Nikolski. Noah acababa de celebrar los dieciocho años. Era hora de irse de la caravana. Lo único que esperaba para poner en marcha esta fuga eran los resultados de los exámenes del Ministerio de Educación de Manitoba. En cuanto tuviera en sus manos el diploma de grado, se marcharía a la universidad.

Le preocupaba menos la disciplina que estudiaría que la ubicación en sí de la universidad. No se instalaría en Winnipeg o Saskatoon, ni hablar: Noah quería saltar de la guantera, saltar por encima de la línea del horizonte. Pero ¿qué horizonte?

¿El sur? Estados Unidos no le interesaba.

¿El norte? No era una opción viable hasta que abrieran una Universidad Central en la isla de Baffin.

¿El oeste? Estaba agujereado por todas partes, transparente y grasiento como los mapas de carreteras de la guantera. El oeste era su padre, hombre lejano y misterioso que vivía en una tribu de las Aleutianas en una isla perdida del mar de Bering, se alimentaba de salmón crudo y calentaba su yurta con boñigas secas de oveja, un modelo paterno poco edificante.

Noah partió, pues, hacia el este.

Escribió a escondidas a una universidad de Montreal. Los papeles de la matrícula llegaron a la Lista de Correos de Armada una semana más tarde.

Noah temía revelarle el proyecto a su madre. Temía que le soltara una perorata incendiaria contra Montreal, ciudad portuaria, entrada a la vía marítima del río San Lorenzo y metrópolis agitada, ni más ni menos que un Leviatán devorador de hombres. No fue lo que pasó, nada parecido. Sarah lo miraba con indiferencia mientras él rasgaba el sobre.

—Una *isla*... —se limitó a farfullar.

En vez de malgastar su energía en alegatos inútiles, Noah se refugió en la caravana para estudiar el contenido del sobre, en particular la guía de programas, grueso atlas de diferentes derroteros que se presentaban ante él. Buscó primero el Certificado de Nomadología Aplicada o la Licenciatura en Errancia Internacional, las únicas disciplinas para las que se sentía con una poco de aptitud, pero la guía no mencionaba ningún diploma de este tipo, así que tenía que apañarse con lo que había.

Noah se puso a leer la guía desde la primera hasta la última palabra, sin omitir detalle, desde Estudios de los Abisos hasta Estudios del Zen pasando por Estudios en Mercantilismo Aplicado, Ciencias Obtusas y la Fábrica de Opinión. Esta lectura soporífera pronto pudo más que él y cayó redondo sobre la guía.

Resurgió una hora más tarde, con una sensación nauseabunda. Miró a su alrededor, esperando reconocer lo que le rodeaba. La hervidora de agua le devolvía la imagen deformada de su rostro. Justo en medio de la frente, la tinta barata había dejado impresa una palabra misteriosa: *Arqueología*.

Noah se encogió de hombros y supuso que el destino acabada de sacudirlo.



Cuando Sarah sale finalmente de su saco de dormir, la bruma se ha disipado y Noah sirve el desayuno en la mesa. Comen en silencio, entre los efluvios de herbicida que emanan de la ace-

quia. Noah muerde sin convicción una tostada con miel, después la deja, sin apenas haberla tocado. Sarah se contenta con beberse dos tazas de té hirviendo.

El desayuno tiene un final brusco. Sarah coge el tarro de miel y la tetera, pliega la mesa como si de repente los acechara una emergencia.

Mientras organiza la salida, Noah comprueba una última vez el contenido de su mochila, lo estrictamente necesario en su perfecta dosis. Desde la mesa de la cocina, sus antepasados chipeweyans siguen los más mínimos gestos con la incompreensión habitual.

Más tarde, sentado en la litera, Noah examina largo y tendido el interior de la caravana esperando percibir algún detalle que se le hubiera escapado milagrosamente en el transcurso de los últimos dieciocho años. No logra encontrar nada y da por terminado el inventario con un breve suspiro.

Se aprieta bien las correas de la mochila, se la echa al hombro y sale de la caravana.

Sarah ya está sentada en el coche, tiene las manos en el volante, la mirada en la carretera y se muestra impaciente. No quiere aceptar lo que está pasando. Noah abre la otra puerta y hace como si se sentara, con un pie dentro del coche y el otro en tierra firme. Están así varios minutos sin decirse nada, mirando hacia el oeste.

—¿Te dejo en Trans-Canada ? —pregunta Sarah por fin.

Entrecierra los ojos, examina la minúscula carretera 627. Hay poco tráfico por esa zona, pero ¿qué importancia tiene esto? No tiene prisa. Sin parecer convencida, Sarah arranca el motor de *Granpa*. Escucha el ronroneo grave del V8, en busca de algún ruido sospechoso, mientras Noah intenta decir algo memorable para pasar página a este capítulo de su vida.

De repente, Sarah se inclina hacia la guantera, la abre de un puñetazo y coge el Libro sin rostro.

—No te olvides de esto.

Noah duda un segundo, abre un poco su mochila y mete como puede el viejo libro entre dos jerséis. La encuadernación es frágil y se queda con el viejo mapa del Caribe suelto en las manos, ahora huérfano.

Después, todo transcurre muy rápido: Sarah lo abraza sin decir palabra, tan fuerte como puede, antes de echarlo del coche a patadas. Antes de que Noah tenga tiempo de reaccionar, Sarah mete el embrague y sale corriendo haciendo crujir la grava, con la puerta todavía medio abierta.

Un minuto más tarde, Noah se encuentra solo en la cuneta, boquiabierto, con su mochila, un viejo mapa arrugado del Caribe en la mano y una bola de asfalto en el estómago. Respira profundamente, dobla el mapa y se lo mete en un bolsillo de la camisa. Después, se ajusta la mochila y sale para el este, con los ojos entrecerrados, mirando hacia el sol todavía suspendido en el horizonte.

Un poco más lejos, tres cornejas picotean el caparazón de un animal. Noah va detrás de los pájaros, que salen volando con graznidos indignados y se posan al otro lado de la carretera.

Quedo en la grava, con los ojos vueltos al cielo, un gran esturión accidentado mira las nubes desfilar.

JOYCE ABRE UN OJO. El despertador marca las cinco menos cuarto de la mañana. Se viste en silencio, sin encender la luz. Saca un petate de debajo de la cama, se lo cuelga al hombro y sale de la habitación de puntillas. En la planta de arriba, los ronquidos de su tío se mezclan con el ronroneo de la nevera.

Afuera, una nube de vaho se eleva desde su boca. Al oeste, la luna acaba de ponerse y se vislumbra el débil titileo de las estrellas. Joyce se pone en marcha con brío, evitando mirar las casas vecinas.

Unos minutos más tarde, pasa delante del instituto.

Mira neutramente el patio –esa grava naranja bajo la lámpara de mercurio–, y constata que ya no siente nada, ni asco ni desprecio. Se sorprende de la rapidez con la que el pasado y el olvido han ganado terreno. Hace doce horas todavía se sentía prisionera de esta valla; ahora el lugar le parece algo completamente ajeno. Incluso la execrable verja Frost ya no le molesta. Cabe destacar que la apariencia de una valla varía considerablemente dependiendo de en qué lado se encuentre uno. Y de este lado, el alambrado solo evoca la cuadrícula inofensiva de un mapa geográfico.

Da pasos más largos.



Cuando tenía seis años, Joyce se colaba clandestinamente en el despacho de su padre. Cerraba la puerta sin hacer ruido, se hacía camino entre las pilas de publicaciones de Pesca y Océanos de Canadá, las cajas de formularios, los repertorios de boyas y sacaba del armario largos rollos de papel. Les quitaba las gomas elásticas y desenrollaba en el suelo decenas de cartas náuticas, de todas las escalas y colores, la mayoría llenas de notas, de cálculos, de zonas de pesca bosquejadas de manera precipitada.

Joyce había desarrollado una preferencia concreta por la carta 2472-B, una inmensa proyección a escala 1:100.000 del litoral de la Basse-Côte-Nord con el minúsculo pueblo de Tête-à-la-Baleine en pleno centro. Había desenrollado tantas veces esta carta que los bordes habían tomado el color del pergamino. A contraluz, el azul del mar dejaba ver un archipiélago complicado de marcas de dedos grasientos, intercalado con información sobre las corrientes, sondas, boyas, marcas en mar, faros y canales.

En una esquina de la carta, cerca de la leyenda, estaba escrita la siguiente advertencia:

Los levantamientos topográficos de las zonas costeras entre Sept-Îles y Blanc-Sablon no se adecuan a las normas modernas y es posible que existan rocas o bajos fondos que no hayan sido cartografiados. Se recomienda prudencia.

En efecto, la geología del lugar se caracterizaba por un número impresionante de islas, islotes y archipiélagos, sin contar los escollos, cayos, arrecifes, penínsulas, espejismos, pecios, boyas e innumerables piedras que, con la marea baja, emergían de vez en cuando.

Si las islas abundaban en las cartas náuticas de la región, se percibía, en cambio, una ausencia flagrante de carreteras. Podríamos pensar en una omisión inherente a las cartas náuticas, cuya función principal era facilitar la navegación, pero no hacía falta buscarle tres pies al gato: las cartas no indicaban ninguna carretera, sencillamente porque no había carretera alguna. La 138 se paraba en Havre-Saint-Pierre y volvía a renacer brevemente en Pointe aux Morts. La distancia entre estos dos puntos –350 millas marinas rociadas de los bajos fondos ya mencionados– se hacía en barco o en avión.

Esta penuria de carreteras tenía dos consecuencias notorias.

La primera era que los habitantes de Tête-à-la-Baleine viajaban más bien poco. Se contentaban con practicar un tipo de nomadismo de temporada denominado trashumancia, que consistía en pasar el verano en isla Providencia, a unas cuantas millas de la costa. En su momento, este traslado colectivo hacía posible estar más cerca de los bancos de bacalao durante la temporada de pesca. Aunque ahora que los barcos bacaladeros se amarraban al muelle municipal de Tête-à-la-Baleine, uno se podía preguntar por qué nadie pensaba en instalar su propio pueblo de verano en otra isla, más lejos, en algún lugar más allá de Providencia. Al fin y al cabo, no eran precisamente islas lo que faltaba en la zona.

La segunda consecuencia –y sin duda la más importante– es que Joyce, absorbida por las cartas náuticas de su padre, nunca había puesto un pie fuera del pueblo antes de los doce años.

La madre de Joyce se había muerto una semana después del parto, supuestamente a causa de una cabeza de capelán que se le había atrancado en los bronquios. Era posible que los detalles de la historia cambiaran ligeramente. A veces hablaban de una vértebra de bacalao en los pulmones, incluso una espina

de arenque en la tráquea, pero todo el mundo estaba de acuerdo en una sola cosa: fue víctima del mar.

Puesto que el padre de Joyce nunca se había querido volver a casar, ella se quedaría huérfana e hija única, dueña y señora de su casa. En resumen, encargada de preparar comidas, limpiar la casa y hacer sus deberes sin ayuda de nadie, tareas cotidianas que ya hacía sola a los seis años. La comida se resumía a cocer o freír las capturas accidentales que su padre traía del barco bacaladero. En cuanto a la limpieza de la casa, Joyce la hacía de prisa y corriendo sin escrúpulos. Reinaba entre estas paredes un desorden crónico que su padre toleraba.

Pero la tarea más ardua era soportar a la familia de su padre, elenco de tías metomentodo, primos turbulentos y tíos escandalosos que se presentaban de improviso a la más mínima. El padre de Joyce, un altruista bonachón, no era capaz de echar a sus hermanos y cuñados: estos andaban en casa de Joyce como Pedro por su casa, se autoinvitaban a cenar, echaban pestes de las cuotas de bacalao y los observadores de las pesquerías, discutían sobre las nuevas tendencias alimentarias de los japoneses y se quedaban para ver la Noche del Hockey en Canadá. (Eran grandes fans de Guy Lafleur).

Joyce había entendido desde hacía tiempo que su casa era para sus tíos un remanso neutro, lejos de las recriminaciones de sus mujeres, hasta que una de ellas irrumpiera en el lugar y se llevara al prófugo a su casa tirándole de las orejas o de cualquier otra protuberancia corporal. De hecho, esta era prácticamente la única razón por la que las tías de Joyce asomaban por su casa, lo que no les impedía inspeccionar el desorden del lugar moviendo la cabeza con desaprobación.

El pelotón de primos representaba el subgrupo que daba más guerra. Como si fueran una plaga de saltamontes, se le abalanzaban al pelo –que desde aquel entonces había decidido dejarse corto–, le ponían la zancadilla y no perdían una sola oportunidad para hacerle rabiar. Se aprovechaban de la ausencia de sus padres para arramblar con el frigorífico, robar cer-

veza y arenques que se zampaban delante de la televisión. Joyce hacía frente a este grupo animal y mal domesticado a fuerza de cacerolazos y pinchazos de tenedores.

Para compensar la dominadora familia paterna, Joyce tenía a la familia de su madre, una familia invisible, ausente, de la que solo quedaba un miembro: su abuelo Doucet.

Lyzandre Doucet vivía solo en una casa destartalada construida en la orilla, a unos cuantos kilómetros del pueblo. Rara vez salía de su casa, y nadie iba a visitarlo.

A Joyce le gustaba todo de su abuelo: sus manos arrugadas, el pañuelo en la cabeza que le cubría el ojo izquierdo, los infames puritos con sabor a oporto que se fumaba a plena luz del día, y, sobre todo, las miles de historias extraordinarias que le contaba sin cesar.

Todas las tardes, después del colegio, corría a verlo. Sentado en la cocina, bebía una mezcla hirviente que dejaba un surco de color rojizo en las tazas y un gusto amargo en la garganta, y que su abuelo llamaba *té*.

Fue en esta cocina donde Lyzandre Doucet le reveló a su nieta el gran secreto de la familia.

Contra toda apariencia, le aseguraba Lyzandre, Joyce era la última descendiente de un largo linaje de piratas cuyos primeros miembros conocidos se llamaban Alonzo y Herménégilde Doucette, aunque, según las circunstancias, el lugar y la sutileza de la gramática del momento se les llamaba también Doucet, Doucett, Douchette, Douchet, Douchez, Douçoit, Duchette, Ducette, Dowcett, Dusett, Ducit o Dousette.

Nacidos en el puerto de Annapolis Royal en la segunda mitad del siglo XVIII, estos dos hermanos de la costa habían gozado de una carrera corta pero fulgurante como filibusteros. Habían saqueado las ciudades de Nueva Inglaterra, investido contra varios buques británicos para después hacerse con ellos, y habían derrocado a sus competidores más codiciosos. Incluso se habían atrevido a hacer una incursión peligrosa en el puerto de Boston en la primavera de 1702. La empresa duró

hasta el día en que Alonzo murió de una tonta indigestión. Herménégilde se retiró entonces gracias al copioso botín que los dos hermanos habían escondido en las nebulosas ensenadas de Nueva Escocia.

La vocación filibustera de la familia Doucet se habría consumido probablemente y acabado en esta retirada tranquila de no haber sido por la firma del Tratado de Utrecht en 1713.

Al ceder Acadia a los ingleses, Luis XIV puso a todos los colonos en una situación delicada, en particular a la familia Doucet, ya que nadie había olvidado los saqueos de estos últimos en Nueva Inglaterra. Como veían que la tormenta se avecinaba, los hijos de Herménégilde se adelantaron a la deportación y se desperdigaron por todos lados, desde la Bahie-des-Chaleurs al golfo de México.

Esta errancia y la incertidumbre política hicieron que el filibusterismo se pusiera de nuevo de moda.

De norte a sur, surgieron miríadas de bucaneros, como Armand Doucet, Euphédime Doucette, Ezéchias Doucett, Bonaventure Douchet y otros Doucet con ortografía variable de los que la historia casi nunca ha retenido el nombre. Como un pirata atrae a otros, muchos filibusteros se aliaron a la familia Doucet: el capitán Samuel Hall, de Nueva Escocia; Turk Kelly, de Terranova; así como Louis-Olivier Gamache, ilustre pirata de la Bahía Ellis. El abuelo de Joyce llegó incluso a decir que el mismísimo Jean Lafitte, el legendario pirata de Luisiana, era un primo lejano.

Joyce nunca había oído hablar de Jean Lafitte, pero de todas maneras estaba dispuesta a dejarse impresionar.

Un siglo después, el bisabuelo de Joyce y sus dos hijos mayores construirían la legendaria casa de los Doucet cerca de Tête-à-la-Baleine. Erigida precipitadamente con madera de deriva, esta casucha se balanceaba con el viento nordeste produciendo crujidos que no auguraban nada bueno, y se inclinaba hacia el mar como un gran mamífero marino al que se le ha intentado retener en la orilla en vano. Cada equinoccio, el pueblo

entero apostaba sobre las probabilidades de que el armazón de la casa acabara abdicando y partiera con la marea, pero transcurrían los años (clamó el abuelo Doucet dando un puñetazo en la primera viga que encontraba) y la casucha seguía en pie de guerra.

En esta casa habían nacido y vivido todos los Doucet de Tête-à-la-Baleine: el abuelo, la abuela, los tíos y tías abuelas, los primos y primas, los cuñados y los perros sarnosos. Esta rama de la familia había dejado de practicar la piratería, pero ello no significaba que se hubieran dedicado a la pesca. Esta falta de misión concreta había contribuido a aislarlos del resto de la población.

De todas maneras, los Doucet vivían bastante lejos del pueblo para que no sospecharan de ellos. Los gallitos decían frecuentar la casa destartada para tirarse a sus chicas y para procurarse ron, puesto que, aunque el abuelo Lyzandre no había atracado un solo barco, se había dedicado al contrabando durante la prohibición. Lo suficiente como para que esta casa aislada fuera declarada burdel, antro de mala muerte y lugar de condena eterna.

Cansados del desprecio y de los chismes, varios miembros de la familia pensaron en irse del pueblo. El éxodo lo inició en junio de 1960 el benjamín de Lyzandre: Jonas Doucet.

Este tío legendario había remontado río arriba hasta Montreal con apenas catorce años. En Montreal, había embarcado en un carguero que partía a Madagascar, y nunca más nadie lo había visto desde aquel entonces. Su familia recibía a veces tarjetas ilegibles enviadas desde todos los puertos del mundo, postales que el abuelo Lyzandre orgullosamente clavaba con chinchetas en las paredes de la casa. En pleno invierno, cuando el viento del nordeste barría el estrán, los sellos de colores de Sumatra o de La Habana coloreaban el día a día de los Doucet y les hacían sentir morriña en su propia cocina.

La partida del tío Jonas había desatado un exilio-hecatombe general en el seno del clan. En el transcurso de una década,

todos los Doucet habían desaparecido de Tête-à-la-Baleine. Los más viejos habían muerto, los jóvenes se habían marchado y pronto solo quedaron fantasmas, antiguos rumores y una casa destartalada en la orilla con un abuelo tuerto adentro.

Joyce era pues la última Doucet del pueblo. Digna descendiente de sus antepasados, había desarrollado un carácter solitario que le daba a su rostro una madurez precoz y preocupante. Absorta en sus pensamientos, nunca parecía estar en este mundo.

Padecía además de claustrofobia, un problema probablemente natural puesto que venía de una familia que estaba desperdigada por todos los rincones de América del Norte. Los espacios cerrados la agobiaban –la cocina, el colegio, el pueblo, la familia de su padre–, y nada la aliviaba más que evadirse con las historias de piratas de su abuelo Lyzandre, con su té amargo, su casa destartalada en la que se convertía en la tataranieta de Herménégilde Doucette. Todas las tardes, reclamaba la historia de un nuevo pirata. En la cocina llena de humo, desfilaban todos los Doucet de los siete océanos, acompañados de Samuel Bellamy, Edward Teach, Francis Drake, François L'Ollonois, Benjamin Hornigold, Stede Bonnet y William Kidd.

A Joyce le gustaba pensar que, en otra época, estos piratas habían merodeado por los alrededores de Tête-à-la-Baleine, pero el abuelo Lyzandre le dejó las cosas muy claras: esta fauna migratoria prefería los climas tropicales. De hecho, la mayor parte de ellos se habían ido al sol, al mítico refugio de Providencia.

Este topónimo desconcertó a Joyce: pasaba los veranos en Providencia y nunca había visto el más mínimo rastro de guaridas de piratas, sino casuchas de tablillas repletas de tíos y primos escandalosos.

Lyzandre Doucet le explicó que se trataba de otra isla, en el norte de La Española, en el Caribe. Se encontraba en realidad en medio de las Bahamas, pero no se le podía pedir mucho al abuelo Lyzandre, que había confeccionado todo su conoci-

miento enciclopédico a partir de viejos almanaques y calendarios de promoción.

El caso es que los piratas habían convertido esta isla en una guarida inexpugnable en la que no temían a nadie. Ocupaban un puerto con dos salidas, un puerto fácil de proteger, y como no era muy profundo, impedía el acceso a los desconocidos buques militares. En Providencia no reinaban ni dioses ni señores, lo que para Joyce implicaba ni tíos ni primos y probaba a su vez que se trataba, sin lugar a dudas, de otra isla.

Poco a poco, se le fue metiendo en la cabeza la ambición de perpetuar las tradiciones familiares. Le parecía inconcebible que la tataranieta de Herménégilde Doucette se dedicara a destripar bacalao y hacer deberes de ciencias naturales. Su destino era hacerse pirata. ¡Rayos y truenos!

A esta vocación reciente la frenaba una clara falta de modelos: en los retratos de familia, los Doucet no contaban con ninguna filibustera, ninguna abuela vindicativa, con un berbiquí en la mano, cuyos vestidos olieran a pólvora y a ron de Jamaica. Ni tan solo una mera ladrona de huchas. Incluso el abuelo Lyzandre, a pesar de todo su conocimiento enciclopédico, no lograba acordarse de ninguna mujer pirata. El filibusterismo era cosa de hombres. Joyce pensaba que todo esto era una gran injusticia: ¿por qué las chicas no podían robar y vivir a la aventura, esconder tesoros, pasar por alto leyes y horcas?

Seguía aquí, prisionera de su familia sin gloria, de su pueblo sin carreteras, de su sexo sin salida y de su época sin esperanza. Plantada en la orilla de la isla de Providencia, sujetando unos gemelos, miraba cómo los cargueros cruzaban el canal. Ya no transportaban el oro o la plata de las Indias Orientales, sino trigo, petróleo crudo y rollos interminables de papel que llevaban a Nueva York para imprimir miles de kilómetros de malas noticias.

Si Herménégilde Doucette estuviera vivo hoy en día, se habría muerto de neurastenia a las cuarenta y ocho horas.

Solo había una escuela primaria en Tête-à-la-Baleine y, todos los años, en el mes de septiembre, unos quince adolescentes se iban para los institutos de Havre-Saint-Pierre, Sept-Îles o Blanc-Sablón. Los hermanos pequeños que se quedaban atrás se mostraban ansiosos e impacientes pensando en qué les depararía el futuro.

Esa mañana, un niño acababa de levantar una gran ola de admiración al declarar que pilotaría un helicóptero, como su tío Jacques. Otro lo superó diciendo que sería mecánico principal del rompehielos *Des Groseilliers*. El tercero sería mecánico de algo, de alguna cosa imprecisa, de puentes y motores, vamos, un ingeniero.

Joyce casi nunca intervenía en las discusiones. Casi no le hacían preguntas a esta primita rara y, a decir verdad, apenas se daban cuenta de su presencia. Aunque esa mañana, movida por un entusiasmo repentino, cometió la imprudencia de abrir la boca:

—Yo, yo quiero ser pirata.

Sus palabras fueron acogidas con un silencio espeluznante. Todo el mundo se giró hacia Joyce, quien resistió las miradas del resto sin parpadear. Joyce generaba a menudo este tipo de sorpresa: por una parte, a causa del contraste entre su apariencia endeble y la seguridad con la que hablaba, por otra, por su tendencia a proferir ideas tan extrañas, tan alejadas de la realidad que se preguntaban en qué mundo vivía. En cualquier caso, lo que estaba claro es que no en Tête-à-la-Baleine.

Uno de sus primos, que se acordaba todavía de los cacerolazos que Joyce le había propinado, no perdió la más mínima oportunidad para llamarla mujer barbuda. Otro primo dijo que era demasiado canija para ser pirata.

—Y sobre todo, hay que ser hombre para poder ser pirata —zanjó la discusión con autoridad el mayor de los primos—. Por eso te abandonó tu madre, porque quería un niño.

—¡Mi madre está muerta! —espetó Joyce agarrando a su primo del cuello de la camisa.

—¡Tu madre no está muerta! ¡Se largó y vive en Nueva York!

—¡No, en Toronto! —replicó otro primo.

—¡En Vancouver!

—¡Chicago!

Bombardeada por todas partes, Joyce vaciló. En ese preciso momento, se anunció el final del recreo, y el grupo se dirigió a la puerta. Después de dudar por segunda vez, salió corriendo en dirección contraria. Los chicos la vieron alejarse hacia el cementerio y tenían la impresión de haberse pasado.

—De todas maneras —farfulló uno de ellos—, los piratas ya no existen.



Joyce nunca había ido a ver la tumba de su madre.

Su asfixia por la cabeza de un capelán le parecía algo indiscutible. A decir verdad, prefería no discutirlo: este ahogo espectacular formaba parte de la mitología familiar, compuesta de destinos gloriosos y de tránsitos exóticos. ¿Para qué servía una madre de carne y hueso sino para encasquetarle todo tipo de tareas domésticas y recriminaciones? Joyce prefería una madre invisible y legendaria, cuya imagen cuadrara con la de Herménégilde Doucette, con las tarjetas postales del tío Jonas, en la isla de Providencia.

Le dio una vuelta al cementerio leyendo todos los epitafios. Constató que, según las palabras de su abuelo, un cierto número de Doucet habían sido enterrados allí, la mayor parte antes de 1970. En cambio, no encontró ninguna lápida que tuviera el nombre de su madre, lo que no presagiaba nada bueno.

Al salir del cementerio, torció en dirección a la playa.

Cuando entró en la casa destartada, Lyzandre Doucet acababa de poner una tetera humeante en la mesa, como si espe-

rara la visita de su nieta. Ese día, sin embargo, no quería hablar de antepasados lejanos ni de filibusteros del siglo XVII: exigía saber la verdad sobre su madre.

Lyzandre Doucet la escuchó con paciencia, pero no quiso responder a sus muchas preguntas. Conocía el carácter apasionado de su nieta y temía que, si se enteraba de la verdad, se sentiría responsable de acontecimientos que estaban fuera de su control. Algunos niños tienden a cargarse todo a sus espaldas.

—Pero, yayo —insistió Joyce—, ¿cuánto tiempo voy a poder defenderme de mis primos sin ni siquiera una lápida que mostrarles?

Después de media hora de este tormento, Lyzandre Doucet acabó confesando que esta historia de la cabeza de un capelán era una tapadera que ocultaba un escándalo que nadie se había atrevido a revelar: su madre había imitado al resto de la familia Doucet y se había marchado unos cuantos meses después de que Joyce naciera, sin avisar y sin explicaciones. Había partido en un barco en dirección al oeste, pero nadie sabía a dónde exactamente. Algunos decían que se había ido a Montreal, e incluso a los Estados Unidos.

Joyce se bebía el té sin decir palabra. Esta revelación complicaba bastante la situación. ¿Cómo saber lo que había pasado realmente? Era inútil ponerse a preguntar a su alrededor: la respuesta no estaba en Tête-à-la-Baleine.

Con el ceño fruncido, cavilaba sobre la fastidiosa ausencia de carreteras en las cartas náuticas de su padre.

Cinco años más tarde, fallecía de un ataque de tos el abuelo Lyzandre, último Doucet de Tête-à-la-Baleine. Era la segunda (y la última) visita de Joyce al cementerio del pueblo.

Aparentemente poco afectada, seguía visitando la casa de la playa. Todas las tardes se sentaba en la mesa de la cocina —en el mismo lugar en el que había encontrado el cuerpo de su

abuelo tranquilamente sentado delante de la tetera— y miraba las tarjetas postales del tío Jonas clavadas con chinchetas en las paredes de la cocina. Nadie se atrevía a tocar el contenido de la casa, como si todos sus ocupantes hubiesen fallecido de peste. Al examinar el farrago de objetos familiares, ella misma se llevó su herencia: un viejo petate que probablemente había pertenecido al abuelo de su abuelo.

Poco después, los tíos de Joyce precintaron puertas y ventanas con viejas tablas de madera.

La casa solo subsistió un par de semanas más que Lyzandre Doucet. Su viejo esqueleto, que padecía de osteoporosis terminal, se inclinaba cada vez más hacia el mar. Apenas si parecía estar agarrada a la orilla. Las grandes mareas de septiembre acabaron por minar sus raíces y se fue a la deriva un sábado por la mañana. Por un momento flotó, pero poco después las olas la desmembraron y desparramaron sus escombros.

La marea solo devolvió las tarjetas postales del tío Jonas, deformadas y cubiertas de medusas violáceas.

Joyce no se enteró de esto hasta tres meses más tarde. Cuando todo el pueblo saldaba las apuestas que durante décadas habían hecho a expensas de la casa, la nieta de Lyzandre Doucet se encontraba ya en Sept-Îles, inmersa de lleno en su ingreso a la secundaria.

Llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad de deshacerse de sus tíos, tías y primos. Pero no había tenido en cuenta la benevolencia de su padre: con solo un telefonazo, este había organizado todos los detalles de su estancia. Y es así como, en el muelle de Havre Saint-Pierre, surgidos de una rama poco conocida de la familia, un tío y una tía estaban allí, esperando a Joyce.

La intervención de estos parientes lejanos era como un golpe de efecto. ¿Acaso esta familia era interminable? —Joyce ponía el grito en el cielo— ¿Tendría que huir a Vladivostok para escapar de los tentáculos de este árbol genealógico?

Apoyada en la barandilla del Nordik Express, escudriñaba a la pequeña muchedumbre reunida bajo el chaparrón. Joyce nunca había conocido a estos dos nuevos protagonistas, ni tan siquiera tenía una foto para identificarlos. Al final, acabó localizando a un hombre gordo envuelto en un poncho verde, afligido por la tormenta, que sostenía un letrero de cartón mojado en el que se podía leer: *Joyce*. A su lado, una pequeña dama con un impermeable amarillo sujetaba con una mano un paraguas y con la otra un tuper de *sucre à la crème*⁸.

Joyce pensó que podría fácilmente colarse entre la muchedumbre y desaparecer sin llamar la atención. Miró al cielo. Los restos del huracán Paloma, que provenía de las Bahamas, justo acababan de alcanzar la costa norte del río San Lorenzo. La lluvia y las borrascas iban a proseguir dos días más.

—Mal momento para fugarse —calculó Joyce bajando por la pasarela.

Los parientes de Joyce echaron el viejo petate azul del abuelo Doucet en la parte trasera de un Suburban naranja y salieron para Sept-Îles.

Mientras masticaba un trozo de *sucre à la crème*, Joyce respondía de manera mecánica a las preguntas de su nueva tía. (Sí, había hecho bien el viaje. Sí, tenía ganas de empezar la secundaria. Sí, su padre estaba bien y les mandaba recuerdos).

En realidad, solo pensaba en una cosa: la autovía 138. Hipnotizada, miraba el reflejo de los faros en el asfalto mojado. Por fin salía de las cartas náuticas de su padre para aventurarse en un mundo no cartografiado, probablemente rebosante de peligros desconocidos, pero donde se podían tomar todas las carreteras que uno deseara. Más tarde, comprendería que esta libertad se limitaba de hecho a la 138, pero de momento, maravillada, veía desfilar los pueblecitos: Rivière-à-la-Chaloupe,

8.- Nota de la T. El *sucre à la crème* o *maple fudge* en inglés es el postre quebequés por excelencia. Es el típico dulce que las abuelas de Quebec preparan y regalan en Navidad. Es aterciopelado y cremoso, con matices complejos para algo elaborado con tan pocos ingredientes.

Rivière-aux-Graines, Manitou, Rivière-Pigou, Matamec, y después la reserva de Maliotenam.

Si hubiera sido ella la que llevara el volante del Suburban naranja, habría continuado en dirección a Tadoussac, Pointe-au-Pic, la ciudad de Quebec, y hasta la lejana isla de Montreal, donde la 138 se convertía en la calle Sherbrooke y se adentraba en los misterios del centro de la ciudad.

Pero eran las manos sudorosas de su tío las que llevaban el volante, así que se detuvieron en Sept-Îles.

Transcurrieron cinco años.

Cincuenta mil días de clase.

Dos millones de horas de fórmulas de Kramer, de proposiciones relativas coordinadas, de Tratado de Utrecht, de masa atómica del nitrato de potasio, de curvas anticlinales, de aceleración constante en el vacío y de productos interiores brutos.

Herméticamente encerrada en su escafandra, Joyce esperaba el final del viaje.

Cuando cumplió los diecisiete años, le anunciaron que tenía que elegir la profesión a la que se dedicaría para el resto de sus días: esto era al menos lo que aseguraba monsieur Barrier, orientador del instituto. Todo serio, recibía a los alumnos uno tras otro en su despacho beis como si los estuviera reclutando para que se alistaran al ejército. Altura, peso, estado de salud, perfil psicológico, actitud, aptitudes: los estudiantes desfilaron, el orientador los aconsejaba.

Joyce era un caso problemático. Aptitudes sociales limitadas, rechazo a la autoridad, impertinencia. Sin embargo, mantenía resultados impecables en todas las asignaturas, y este grado de excelencia le impedía pasar de ella. Monsieur Barrier la interrogaba alterado. ¿Qué pensaba aportar a la sociedad? Antes o después, iba a tener que tomar una decisión.